

**Calle Habana, esquina Obispo**



Sonsoles Ónega Salcedo

**Calle Habana,  
esquina Obispo**

SEPTEN EDICIONES



«Hay libros que no son de quien los escribe, sino de quien los sufre» (...)  
Gabriel García Márquez  
(«La historia de esta historia», **Relato de un naufragio**)



## ONCE AÑOS

El hombre que se está quedando ciego abre el grifo y limpia las brochas con agua. Destapa el bote de aguarrás y se aparta del fregadero. El olor se hace cada vez más insoportable. Con las manos retira los pegotes de pintura que han quedado impregnados en las cerdas y con aceite de linaza las endereza, con cuidado, para que no se caigan los pelos.

Tiene las manos rajadas y las uñas nunca más volverán a recuperar su color, un poco amarillas, un poco rosas. Las líneas de su vida se mezclan con las de su espera. Ya no sabe de cuáles fiarse.

Es verano y hace calor en la ciudad. Como siempre. Ochenta y siete por ciento de humedad. No se puede respirar. Se seca las manos y arranca del calendario la hoja de julio. Desde hace once años arrancar hojas de calendario y tachar los días de los meses se ha convertido en una rutina. Esta vez el almanaque tiene fotos de coches, anticuados modelos que el hombre que se está quedando ciego se aburre de mirar de cerca, en la pared, y circulando por las avenidas de su ciudad que se derrite si la pisas fuerte en días como hoy. A julio le tocó un Lada 2107. A agosto, un Moskvich 1500. Él sólo desea llegar al día 365 y empezar de nuevo. Alguien le regalará otro calendario que marcará el ritmo de su vida en una casa de Calle Habana con el bochorno pegado a la oreja y la necesidad taconeando sobre su vida. La casa es pequeña, de escasamente sesenta metros. Necesitaría ser apuntalada porque sus cimientos empiezan a temblar. Está dividida en dos habitaciones, un salón y un baño que apesta. También tiene una cocina con un fregadero hondo de aluminio herrumbroso.

El hombre que se está quedando ciego se llama Saivy. Sebastián, su hijo.

Sebastián se levanta sin ganas. Vuelca la leche en la cazuela y la calienta durante unos minutos.

- ¿Ha desayunado, padre? —pregunta.
- Sí. Leche y jamonada. Queda algo para ti.
- De este año no pasa, ¿verdad padre?

—Verdad, hijo.

Hierve la leche en el cazo. Sebastián ordena con desgana la cocina. Los papeles de periódico extendidos en el suelo son, una vez más, una alfombra de mil colores que Saivy mancha cada día de pintura y barnices.

La noche ha sido dura para Sebastián porque ha estado reunido hasta altas horas de la madrugada. Ha estado leyendo y releiendo un manifiesto que la disidencia organizada de la ciudad entregará al dictador. Y esperarán noticias. Como espera el padre.

—¿Puedo retirar estos papeles, padre? —pregunta estirando los brazos hacia arriba.

—Sí, hijo. Tíralos. ¿A qué hora llegaste?

—No muy tarde.

—Te esperé.

—Quizá no me vio. Cada día está más ciego.

—Tampoco te oí. Y sordo no estoy.

—Está bien —admite Sebastián—. Llegué a las cuatro de la mañana. Pero mereció la pena.

—Nada merece tu pena.

—Esta vez, sí.

El hombre que se está quedando ciego ya no quiere escuchar al hijo y sigue limpiando sus brochas. Va a empezar a pintar el salón. Se ha descorchado el techo. Culpa de las últimas lluvias tropicales que inundaron a todos, a los que viven a ras de suelo y a los que están más cerca de Dios. Después va a rematar el baño y retocará su habitación. Quiere recuperar el tono que tenía hace once años. Un azul suave, pastel. Para conseguirlo tendrá que hacer una buena mezcla con agua. También tiene pendiente el barniz de la barandilla de las escaleras del edificio. Se le acumula el trabajo. Le faltan días.

Mientras el hijo desayuna, el padre se viste con el mono azul que guarda en el tendedero.

Sebastián le mira de reojo. No se puede callar.

—Debería hacerse con otro mono. Está churriozo. Cualquier día le va a saltar uno de esos productos que da a la madera y se le van a abrasar las piernas.

—De momento, aguanta —contesta Saivy con desgana.

—Ir vestido de esa forma tiene que darle más pena que tener un hijo dejándose la piel en la calle —farfulla Sebastián sin levantar los ojos del jamón.— El día menos pensado le van a llamar para que reconozca mi cadáver en cualquier depósito de criminales anónimos.

El mono de Saivy tiene agujeros desde las costuras del sobaco hasta más abajo de la rodilla. La cremallera se atasca y los bolsillos del trasero están rotos. La prenda lleva inscrita en la espalda su origen: «Comunales Habana Vieja». Se lo compró por pocos pesos a los basureros de la ciudad. Más de una vez lo han confundido con uno de ellos. Como a Edelberto, que también viste un mono de los Comunales y pasea por la ciudad arrastrando una carretilla de dos ruedas en la que viaja una imagen de San Lázaro, el milagrero, el patrón de los pobres y los animales, y un perro huesudo que parece una rata grande. Edelberto busca fulas de los extraños para comprar lo que no puede comprar en pesos. El perro, la caricia que no llega.

—De este año no pasa, ¿verdad? —repite el hijo—. Once años esperándola es suficiente. Se me va a acabar la paciencia.

—Llevamos más de cuarenta años esperando el entierro de nuestro dictador.

Más de cuarenta años. Una vida. Sus vidas. Aquí no vale generalizar. Cuarenta años son muchos años. Demasiados. Siempre pensando que pasarán las penurias, que algún día el dictador se irá y todo volverá a ser como antes. Aunque para Sebastián no existe un antes porque siempre ha vivido igual. Pero ha adelgazado catorce kilos en los últimos años y tiene hambre. Y está en contra de lo que hay o en desacuerdo, como les gusta decir en el Caribe a los que no dan palmadas al Régimen. Vive con el morro torcido. Busca grietas por donde escapar y mandar todo al carajo de una vez. Es capaz de convertir la atmósfera en un ambiente irrespirable y el padre lo sabe. Por eso no exige respuestas. No tiene ganas de peleas. Hace demasiado calor, demasiada humedad. El mono está demasiado viejo y sabe que se está quedando cada vez más ciego. Sólo por eso, calla.

A Saivy le falta pintura blanca. Queda una fina capa en el fondo de la lata de marmolina que compró hace algunas semanas. Pero es mala, pintura de agua, la más barata del mercado negro, sin aglutinante para que fije bien.

Sale al estrecho balcón y respira hondo. El mirador tiene el suelo forrado con baldosas desportilladas y en las paredes y en el techo, los agujeros se han convertido en cobijo de bichos y telas de araña. Ya no hay macetas con flores de todos los tamaños, colores y aromas. Esta balconada, ahora destartalada, había sido el mejor rincón de la casa en las noches de verano; un lugar donde el aire daba la vuelta originando un pequeño remolino de aire que aliviaba los sofocos cuando al sol le daba por apretar sin indulgencia. Ahora es un trastero donde se puede encontrar de todo. Botes de pintura, sin pintura, sillas sin patas, pinceles sin pelos, una mesa sin tablero... Saivy contempla lo que queda bajo su portal. Las casas son sólo un reflejo desvirtuado de lo que fueron. Conservan lo esencial, la esencia de su pasado, pero el presente se ha encargado de martillar las fachadas y empobrecer los adornos que hace años las embellecían. «Son como mujeres», piensa Saivy. Mujeres sin plata para reconstruir su juventud; mujeres que se echaron a perder y aprendieron sólo a sobrevivir. Mira hacia ambos lados y mira también hacia delante. Lo que encuentra ya lo conoce. La ceguera incipiente tiene ventajas y permite imaginar antes que golpearse abruptamente contra la realidad de los escenarios en los que vive. Por las calles parece que pasó una excavadora pellizcando el adoquín de las aceras y por los vecinos, por los vecinos lo que pasó fue el hambre y el Periodo Especial y la zafra de los diez millones que movilizó a conocidos del viejo que aún hoy siguen padeciendo pesadillas en las que viajan en un Zil de fabricación soviética camino de los campos de caña. Los árboles son los únicos que no han dejado de engordar sus troncos y sus ramas se extienden formando laberintos de hojas que esconden los mensajes que los enamorados escribieron a punta de navaja. Hacía años que no paseaba por el Vedado plagado de jagueys que nunca mueren y crecen para dar sombra a los acalorados cubanos y a los perros vagabundos. Vedado y Miramar y la Marina de apellido rimbombante, Hemingway. Ya no le da la memoria para recordar aquellos veranos en los que salían a pescar en el bote de los Abelardos. Navegaban hasta el Copacabana y volvían a tierra con algunos tragos de más. Eran otros tiempos de relativa complacencia, de seda del conformismo. Ahora dicen que, pese a todo, también lo hay, conformismo, claro. Pero, ¿dónde está? ¿Dónde se esconde si hasta el policía guiña el ojo a la turista tratando de buscar un beso migratorio? Hasta los que regalan sonrisas en las orquestas seducen a las extranjeras con las letras agitadas de los boleros y las canciones de Silvio. En El Patio o en el Cohiba, en el Nacional también,

en la Bodeguita y en los paladares, afinan la guitarra esperando a que una mano blanca tire de la cuerda y les lleve con ella. A veces ocurre.

Saivy permanece quieto un momento. Tiene que pedir dinero al hijo, volver a rogarle que abra la caja y le extienda los billetes para comprar la dichosa pintura para el salón. Se arma de valor.

—Sebastián, me falta pintura.

—¿Cuánto?

—Lo que tengas.

Sebastián deja el vaso de leche a medias. Descorre el sillón del salón y levanta una baldosa del suelo. Saca un sobre viejo, amarilleado, y entrega al padre los últimos doscientos pesos.

—Se lleva casi entero mi última mesada. Adminístrela, padre.

Son los últimos pesos del último sueldo que cobró Sebastián de una empresa dedicada a reparar vitrolas y mesas de billar. Son los últimos del último cobro que llevó a casa: trescientos cincuenta pesos. Unos quince dólares. Después de seis meses, le botaron, igual que de Panatrans, la empresa de los cocotaxi que le pagaba treinta y seis centavos por cada dólar que entregaba, siempre en mano, al gerente. No pasó la prueba de los ciento ochenta días pertinentes y se fue a la calle, previa verificación del Comité de Defensa de la Revolución. Alegaron falta de sociabilidad con los clientes, turistas que pagaban lo que les pidiera con tal de circular por las calles de la ciudad en ese cómico vehículo amarillo de tres ruedas y manillar de motocicleta que tosía petróleo cada vez que aceleraba.

Saivy sale a la calle en dirección al mercado del Malecón. Son las once y cuarto de la mañana. El sol calienta más que nunca. La tela del mono se le pega a la piel. No se mueve ni una hoja. Las mujeres se agolpan en las puertas de la bodega San Ignacio. Es primero de mes, día de desenfundar la libreta y de llevar a casa huevos, leche y grano. Y aceite, si llega. Y pollo, si hay.

Hace tiempo que los militares sustituyeron el arroz por la harina de trigo. Dijeron que proporcionaba las mismas proteínas e hidratos de carbono. Nadie cuestionó la medida. Tampoco nadie plantó cara cuan-

do la media libra semanal de carne de vaca fue sustituida por pollo o cerdo y las semanas se convirtieron en nueve largos días.

Es lo único que Saivy recibe del gobierno: la libreta y una pensión de apenas doscientos pesos por los servicios prestados durante más de treinta años. Todo eso da para poco. Hace un par de meses que se despidió del último trabajo. O lo despidieron por inválido, porque se está quedando cada vez más ciego y un ciego no puede custodiar un edificio. En eso consistía su labor, un cuidar las obras del antiguo Banco de los Colonos, en la Calle Obispo que debe su nombre al Fray Jerónimo de Lara que, allá por el año 1641, vivió en la esquina con Compostela. En el futuro será el Museo de la Moneda. ¡Tremendo inmueble de imponentes columnas de mármol! Hacía siete guardias cada quince días. De siete de la tarde a siete de la mañana. Doce horas, veinte pesos. Doscientos cuarenta al mes. Se sabía la cuenta de memoria y la repetía en las largas noches de vela sentado en su silla plegable de rayas azules y blancas con la única compañía de los perros, los gatos y el transistor ruso que compró hace treinta años y que aún hoy sigue funcionando.

A Saivy lo botaron por culpa de su ceguera incipiente, pero ya estaba tachado en el gobierno por culpa de Sebastián. La policía secreta le siguió los pasos por andar con la disidencia. No lo pillaron con las manos en la masa, pero en Cuba te detienen por si acaso. Luego te fichan y te sueltan. Pasó en calabozos cinco días con sus cinco lunas. El castigo se extendió a toda la familia Cisneros. O sea, al padre del rebelde que, en realidad, es su única familia. Alguien se encargó de pregonar que servía a los intereses capitalistas de Miami y fueron muchos los que le dieron la espalda y empezaron a verle como un contrarrevolucionario. Incluso a dos de sus vecinos se les hizo el encargo de vigilar al padre y al hijo. En las reuniones del Comité de Defensa de la Revolución de su cuadra hacían las crónicas de sus días. «El viejo anda con la casa patas arriba y el hijo se sigue viendo con esos de los Derechos Humanos, pero está tranquilo. A ver si vuelve a caer y lo crujimos. Está sin curro dando tumbos de un lado a otro», decían los que tenían la obligación de supervisar cada movimiento.

Saivy se ha convertido en un hombre desconfiado que vive en una especie de reality show donde gana el más fiel y el incondicional, y pierde el que cae en la trampa del invento. Porque allí inventan contrarrevolucionarios y traidores. Las cámaras son ojos vecinos, ojos amigos, ojos que hablan. Ojos que asistieron impasibles y en silencio al registro de la casa de Saivy. Llovía en la ciudad y los hombres de la

Policía Política entraron a patadas. «A tu hijo te lo devolveremos en unos días», dijo uno de ellos. Desde entonces se siente como alguien no deseado. Siempre piensa que cuando necesite demostrar su identidad, tendrá que convocar a todo el barrio. Será una especie de juicio público. «¿Soy Saivy Cisneros?», preguntará en la Plaza de la Catedral. Le amenaza el miedo a ser traicionado e imagina cómo alguien, quizá un amigo, dice: «No, ese señor no es Cisneros». También sueña con el momento de su muerte. Nadie se hará cargo de él. A fin de cuentas, de la noche a la mañana, se ha convertido en un proscrito, semejante a un bandolero, comparable a un delincuente. Y eso que no ha robado, ni ha matado, ni ha atacado cuarteles. El delito, suponiendo que lo fuera, es ser padre de un hijo que cuestiona la Revolución. Su nombre aparece en los ficheros policiales y sólo le queda Sebastián, el rebelde, igual de inexistente para el mundo que él y que otros desheredados como Guasavita, el negrito desteñido, que ni trabaja, ni come del gobierno porque enfermó de epilepsia, cambió Oriente por La Habana, y optó por esperar la gracia del turista. En la de Dios dejó de creer y se dedica a hacer flores de papel con los paquetes de Cigarros Aroma que encuentra en las basuras.

A tanto no llegaron con Saivy pero, en el fondo, lo que más le dolió del registro fue que se llevaran los libros de poemas. No hicieron selección alguna, cogieron todo cuanto encontraron a su paso, hasta un pequeño aparato reproductor de música, regalo de Europa. Saivy copió en un papel los versos que recordaba de memoria para no olvidarlos nunca jamás.

*«Yo soy aquel que ayer no más decía / el verso azul y la canción profana, / en  
cuya noche un ruiseñor hacía / que era alondra de luz por la mañana».*

Estrofas inconexas de Rubén Darío, recuerdos de una juventud de rosas, de un primer amor, una primera desilusión, una despedida, un adiós.

*«Yo supe de dolor desde mi infancia; / mi juventud... ¿fue juventud la mía? /  
Sus rosas aún me dejan su fragancia, / una fragancia de melancolía...»*

En el mercadillo Saivy busca el puesto ambulante de Rodrigo.

Rodrigo es pintor en ratos libres y vende sus cuadros en la calle, pero trabaja en una fábrica de pinturas donde roba latas —el excedente, dice— que luego vende en el mercado negro.

Salta las alfombras repletas de figuritas de madera y hueso, las cajas de verduras, las bolsas con frutas y se abre paso entre los percheros cargados de vestidos vaporosos de dudosa calidad. Allí parece que se concentra todo el calor de la ciudad. Le cuesta respirar. Se apoya en un tenderete, tose dos o tres veces y escupe al suelo una flema con restos de sangre. Inspira y expira profundo y sigue andando. Busca a Rodrigo.

—¡Mi hermano estoy aquí! ¿No me ve? —grita Rodrigo, agitando las manos.

—Te veo, Rodrigo. No hace falta que grites. Se va a enterar todo el mercado de que me estoy quedando ciego.

—Le vi parado allí y pensé que se encontraba mal.

—Serán los años, manito. Vengo a por pintura blanca.

—Blanca no tengo. Pero he traído Vinil azul cielo, perfecta para la fachada de su casa.

—La fachada ya la terminé hace dos semanas. Necesito pintura blanca para el salón —dice Saivy.

Al mismo tiempo piensa que el color que le ofrece Rodrigo puede servirle para el dormitorio. Cambiará sus planes. Empezará por ahí y dejará para el final el salón.

—Está bien, Rodrigo. Me llevo la pintura azul, pero trae la blanca para la próxima semana. ¿Qué te debo?

—No puedo dársela por menos de doscientos.

—¿Doscientos?

Los últimos doscientos pesos.

—Es un galón de cinco litros. Esta pintura no se va con los años. Es buena. A cambio te regalo un bote de barniz, especial para las maderas, muy resistente. Debes ponerte una máscara y gafas. Irrita mucho los ojos.

Saivy vuelve a la casa con el bolsillo vacío y una bolsa con botes de pintura azul y barniz para la madera. En el portal examina la puerta. Tiene roces y las visagras están oxidadas. La reparará con el nuevo producto. Se aleja unos metros y contempla la fachada desde la distancia.

El bloque tiene tres alturas, dos pisos por planta. Todos están deshabitados porque la miseria ha hecho emigrar a muchas familias. A Saivy le faltan dedos en las manos para contar las migraciones de sus consortes. Se fueron en botes de madera a México y a Miami. Y no volvieron. La realidad se ha impuesto con tanta evidencia que cualquier justificación sobra: se ha quedado solo y la maleta sigue en el altillo de los armarios del dormitorio.

El viejo no está para muchas fiestas del pensamiento. Su tiempo —presente, pasado y futuro— sigue concentrado en la fachada. Aunque la ve borrosa, piensa que tiene el mismo aspecto de siempre. Sin duda alguna, es la mejor fachada de la ciudad. La única que no se ha deteriorado con el paso del tiempo y las carencias.

Y Saivy se siente dichoso por un segundo.